

PRÓLOGO

HOLLYWOOD CONFIDENTIAL

Sentado en lo alto de Laurel Canyon, desde donde se domina todo Los Ángeles, Arthur Lee está con la mirada fija, pensando en la muerte: «*Sitting on the hillside, watching all the people die*»¹, como canta en «The Red Telephone», la canción absolutamente escalofriante que pone fin a la cara A del *Forever Changes* de Love.

«“The Red Telephone” iba en serio, tío», dirá veinticinco años después. «No era “The Twist” ni “The Mashed Potato”.»

Estamos en 1967, y todo el mundo está absorto en la alegría de las flores, los collares de cuentas y las drogas, nadando en los remolinos de colores característicos de la psicodelia y aturdidos por sus efectos. En Sunset Strip, donde durante un año Love reinaron como el grupo más molón de la ciudad, los jóvenes hippies deambulan en un estado

1. Sentado en la ladera, viendo morir a toda la gente. [*Todas las notas son de la traductora a menos que se indique lo contrario.*]

de felicidad cósmica. Pero Arthur Lee no quiere saber nada de todo eso. Puede que haya visto demasiado o no haya visto lo suficiente; nadie está muy seguro de cuál es el caso.

«No creo que Arthur quisiera abandonar su sitio», observaría más adelante Bryan MacLean, el cantante y guitarra rítmica que aportaba el contrapunto clave a Lee en la formación original de Love. «Creo que era incluso ligeramente agorafóbico. En todos los lugares donde vivía, había una verja en su casa. Le gustaba alternar y congregarse a sus admiradores tras esa verja. Le gustaba rodearse de tíos de su antiguo barrio que lo admiraban y respetaban: sus cortesanos. Salía para pillar lo que necesitara, ya fuera algo de tipo químico o sexual, y nada más. No quedaba con amigos ni aparecía por los clubs.»

«Era tremendamente difícil congeniar con Arthur», recuerda David Anderle, que en aquella época era el principal A&R² y cazatalentos de Elektra Records, la discográfica de Love. «Pasaba mucho tiempo hablando con él, sin más, pero había otras veces en que básicamente se convertía en otro tipo de persona. Siempre tenía miedo de algo, y nunca llegué a entender de qué. Era *todo* un enigma. No se prodigaba por la escena musical como David Crosby, era más como Brian Wilson o Captain Beefheart. La verdad es que así es como lo veo yo, como uno de los grandes de L.A.: Brian, Beefheart, Zappa, Neil Young, Arthur... todos ellos gente angustiada, solitaria y desconcertante.»

«Arthur era, y quizá siga siendo, uno de los músicos más listos, inteligentes y brillantes que he conocido en toda mi

2. *Artist and Repertoire*. Se refiere a los profesionales del negocio musical encargados de buscar nuevos talentos y de supervisar el desarrollo de sus carreras. También actúan como enlace entre los artistas y la compañía discográfica o editorial.

carrera en la industria discográfica», afirma Jac Holzman, fundador de Elektra y en la actualidad presidente de Discovery Records. «Sin embargo, su afición por aislarse y no hacer lo necesario para acercar su música a su público era tan grande como su talento. Ese aislamiento le costó la carrera, lo cual fue una lástima, porque era uno de los pocos genios que he conocido en todo el mundo del rock'n'roll.»

Es julio de 1993, y estoy sentado frente a Arthur en un restaurante de Van Nuys Boulevard, al otro lado de Laurel Canyon desde Hollywood. Treinta años atrás, Arthur seguramente podría haber vislumbrado este mismo lugar desde su guarida vallada en lo alto de Lookout Mountain. Ahora vive aquí en el valle de San Fernando con el resto de los mortales.

No cabe duda de que Arthur ya va un poquito achispado, y se beberá tres o cuatro *bloody marys* más a lo largo de nuestra conversación, si es que se puede llamar «conversación» a un intercambio errático de frases en el que esquivo, y mayormente evita, el objetivo de mis preguntas. Me hace saber que, tras muchos años de ser vegetariano, ha empezado a comer carne otra vez porque se estaba «volviendo demasiado pasivo». Hay que decir que sigue siendo guapo y esbelto, aunque sigue sintiendo predilección por un peluquín barato y más que evidente. (Cuenta el rumor que en los setenta Lee se quedó dormido por efecto de la heroína después de untarse la melena con una marca de desrizante de cabello especialmente corrosiva. Al despertarse al cabo de unas horas se dio cuenta de que le había destruido por completo los folículos del cuero cabelludo.) También sigue poseyendo un encanto considerable.

«Me pasé un año haciendo campaña a lo grande, diciéndole a todo el mundo que no bebiera», me comenta Arthur esbozando una sonrisa. «Pero, bueno, ya sabes...» Su voz se va apagando hasta perderse en un suspiro apenas perceptible. Se dice que Arthur sí que consiguió dejar el alcohol aquel año, y que incluso estuvo prometido con una chica que había conocido en Alcohólicos Anónimos. Si se trata de la misma chica a cuyo apartamento cercano me lleva después, es algo que prefiero no preguntarle. La novia en cuestión parece estar bastante centrada, aunque se la ve ligeramente exasperada por Arthur, que hace caso omiso de ella mientras se entretiene en grabarme una cinta de «My Diary» de Rosa Lee Brooks, un single de soul buenísimo que produjo allá por 1964 y que contiene (o eso me asegura) la primera sesión en la que tocó su amigo Jimi Hendrix.

Una historia sobre Hendrix resulta ser una de las varias anécdotas inconexas con las que Arthur me obsequia en el restaurante de Van Nuys. Por lo visto, Jimi y Arthur se alojaban juntos en San Diego, y Hendrix decidió regalarle a su amigo los servicios de una prostituta, que llevó a la habitación del hotel de Arthur. Luego, según Lee, el guitarrista se unió a ellos en la cama, pero —atención— procedió a insinuársele a Arthur y no a la chica. Cuando manifiesto mi incredulidad ante esta aseveración con una mirada ojiplática, Arthur suelta una risotada nerviosa y luego afirma categórico: «¡Tío, que va en *serio!*!».

Sin estar muy seguro de qué creer, sospecho que aquí hay algún tipo de trasfondo, y que tiene mucho que ver con la amargura que siente Arthur por la manera en que Hendrix, Sly Stone y otros se apropiaron de su estilo de rock negro y soul psicodélico y luego se llevaron todo el mérito.

«Era un amigo, así es como me gusta recordarlo», dijo Lee en una ocasión acerca de Hendrix. «También era el mejor guitarrista que he visto en mi vida. Pero no hay que olvidar que yo ya estaba metido en toda esa movida *underground* tan marciana antes de que él apareciera; me acuerdo de cuando empezó, que iba con aquel pelo y aquella ropa y todo el rollo. Causaba una gran impresión, pero yo ya llevaba mucho tiempo haciendo esas cosas, ataviado con veinte kilos de collares de cuentas, dos abrigos, tres camisas y con dos pares de zapatos en un pie y gafas con un cristal de cada color, ¡jaja!»

«Yo fui la primera persona negra en lucir esa ropa y hacer esas cosas», me repite. «Y luego el mérito se lo llevó Jimi.» Ay, cómo duele ser un pionero olvidado del pop; el que nunca vendió ni un solo disco.

«Aludíamos constantemente al hecho de que Arthur fuera negro y yo blanco», me comenta Bryan MacLean, «pero lo hacíamos de manera irónica. Seguro que se me pasó por la cabeza que era algo que molaba bastante —que nos podría beneficiar—, pero nunca pensamos que íbamos a cambiar el mundo.»

Estoy sentado al lado de MacLean en una camioneta roja descapotable, bajando a toda pastilla por Sunset Boulevard con un viento cálido rozándome el rostro. Es agosto de 1996, casi tres años después de mi encuentro con Arthur Lee.

MacLean es una auténtica sorpresa. Me esperaba a una especie de Brian Jones frágil, místico y reconvertido al cristianismo, y el tío con el que me encuentro es un surfero fornido que recuerda un poco a Gary Busey al final de *El gran miércoles* de John Milius: intenso y corpulento y un

pelín pirado, que habla incesantemente mientras recorre Sunset a toda mecha en dirección al océano Pacífico. Resulta que es un hombre que cada mañana al amanecer se hace cuatro kilómetros corriendo cuesta arriba desde su apartamento en Los Feliz hasta el Observatorio Griffith, y luego se los vuelve a hacer corriendo cuesta abajo. «Llego arriba del todo al salir el sol, y es entonces cuando rezo», afirma. «Los coyotes solían correr conmigo, pero últimamente no los he visto.» Lejos queda el niño guapo de Beverly Hills que con dieciocho añitos cantaba «Softly to Me» en un tenor folk pop sin artificios.

Gran parte de lo que Bryan MacLean dice durante el largo trayecto de ida y vuelta hasta Venice va cargado de ira hacia Arthur, si bien atenuada por su asombro ante el talento del que el tipo hacía gala y la manera que parecía tener de embelesar a todo el mundo en el excitante período comprendido entre 1965 y 1967. Treinta años después, cuando ya es demasiado tarde para plantarle cara, Bryan se enfurece por haber permitido que Lee lo torear.

«Arthur era el que tenía la personalidad dominante, así que sus canciones eran las que salían adelante», dice con naturalidad. «Yo me pasé aquellos años componiendo de manera prolífica, pero cuando nos metíamos en el estudio me decía que no a cada canción. Con suerte, conseguía colar una o dos. Si hubiera sido más fuerte —me refiero *fisicamente*—, lo hubiera agarrado del cuello y estampado contra la pared.»

«Entre Lee y MacLean había una relación ligeramente retorcida, casi homoerótica», afirma David Anderle, un tipo alto y divertido cargado de ironía que ha trabajado de cerca con una cantidad nada desdeñable de excéntricos del mundillo del pop. (Incluso trató de gestionar durante

un año el sello Brother de los Beach Boys.) «Dejémoslo en que Arthur le hacía la vida imposible a Bryan. Siempre me dio la impresión de que Arthur tenía una personalidad tan dominante que Bryan sentía que no podía hacer casi nada a no ser que le cedieran un hueco para hablar o moverse.»

La relación —o dicotomía o dialéctica— Lee-MacLean perduraría a lo largo de tres discos extraordinarios: *Love*, *Da Capo* y el sublime *Forever Changes*. Estos álbumes estaban entre lo mejorcito que Los Ángeles podía ofrecer en los sesenta, y trataban fundamentalmente del yin y el yang de la belleza y la ira, de la gracia y la psicosis.

Después de que MacLean abandonara el grupo y se adentrara en una dimensión desconocida de miedo y renacer religioso, Lee siguió al pie del cañón sin rumbo fijo en las décadas subsiguientes en calidad de roquero negro inconformista. En 1996, tras un cuarto de siglo de rumores y contratiempos, fue detenido y acusado de disparar un arma peligrosa en un sitio público. Arthur, que ya había sido condenado previamente por otros delitos, se declaró inocente y acabó recibiendo una condena de doce años de cárcel.

La historia de Love es una de las más extrañas y conmovedoras del universo del rock de los sesenta y los setenta: una historia de terror y disfunción, de mestizaje creativo y de grandeza frustrada. En el centro del meollo se halla el propio Arthur Lee, un *freak* negro en un mundo de blancos, un sabio dado al autosabotaje más perverso, un enigma tal vez incluso para sí mismo.

¿Fue Arthur uno de los grandes del rock de todos los tiempos o no fue más que un oportunista que supo aprovechar un momento de plena incandescencia del pop?

¿Fue, como dice David Anderle, alguien «con una visión que iba más allá del simple hecho de hacer música rock fútil» o se limitó a explotar astutamente el espíritu de Sunset Strip? ¿Fue un genio o un granuja?
¿Y si fue ambas cosas?